

Globethics Repository



La iglesia y la ciudad terrestre [The church and the earthly city]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Belda, Rafael
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-09-20 16:31:42
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/224480

LA IGLESIA Y LA CIUDAD TERRESTRE

Rafael Belda

LA reflexión sobre la Iglesia ha sido el tema capital del Concilio Vaticano II. Uno de los aspectos de esa meditación teológica, el más ansiosamente esperado por muchos, creyentes y no creyentes, se refiere a las relaciones que, de acuerdo con las intenciones divinas, han de existir entre la Iglesia y la Ciudad Terrestre. Desearíamos, en este artículo, mostrar claramente las razones de tal expectación y el significado fundamental de los diversos documentos conciliares, en los que se recoge la respuesta doctrinal, sobre el tema enunciado, ofrecida por la Iglesia a los hombres de nuestro tiempo (1).

(1) El humanismo moderno acusa a la Iglesia.

La grave acusación que, desde el siglo XVII, se viene lanzando contra el cristianismo y los cristianos, es que constituyen el mayor obstáculo para el progreso de la Humanidad, para el avance y desarrollo del mundo.

El Cristianismo —se dice— encadena la inteligencia humana con los dogmas y la sumisión a un magisterio eclesiástico, impidiendo con ello la libertad del pensamiento y la investigación científica.

(1) Estos documentos son los siguientes: 1) Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen gentium»; Decreto «Apostolicam actuositatem», sobre el apostolado de los seglares; 3) Constitución pastoral sobre la Iglesia en la sociedad de nuestro tiempo.

Además, el Cristianismo con sus doctrinas de felicidad ultraterrena, la resignación ante las adversidades de la vida, el amor a los enemigos y la salvación del alma, paraliza toda reforma social profunda e impide la liberación de las masas oprimidas.

El hombre moderno se siente llamado a construir un mundo nuevo, se sabe protagonista de la Historia y obligado a comprometerse para realizar su sentido, que es la liberación progresiva de la Humanidad de todas las taras que pesan sobre ella, mediante un conocimiento y un dominio cada vez más perfecto de las leyes de la naturaleza, de la sociedad y de su propia vida.

El cristianismo hace de un Dios trascendente, situado más allá de la Historia, el centro de su existencia.

Existe entre ambos, al menos a primera vista, una oposición irreductible.

A partir del siglo XVII, el humanismo moderno ha entablado un proceso contra la Iglesia.

El humanismo, que se inicia con el Renacimiento, subraya cada vez más fuertemente la vocación terrestre del hombre.

Esta nueva sensibilidad no encuentra un contexto cristiano, suficientemente flexible, sin merma de la verdad, donde pueda inscribirse y hallar una expansión ordenada.

El cristianismo aparece a los ojos del hombre moderno en dependencia necesaria de una serie de valores e instituciones que se **estiman** definitivamente caducados. Por ejemplo, aparece defendiendo la **legitimidad** de las estructuras del antiguo régimen en los orígenes de la **revolución liberal**; amparando el orden social establecido, en el comienzo de las **luchas sociales** contemporáneas; recordando casi exclusivamente la vida **ultraterrena** a una Humanidad obsesionada por la llamada de la tierra.

La doctrina social de la Iglesia y la insistencia reciente en la necesidad de una acción temporal de los cristianos no sería otra **cosa que una añadidura posterior**, ajena al mensaje de Jesús y admitida **por el pensamiento católico**, para oponer un dique eficaz al avance del **humanismo ateo** en el mundo.

(II) El olvido de la dimensión terrestre del misterio cristiano.

Ha habido y sigue habiendo un cristianismo de **evasión**, que constituye la causa fundamental de la incomprensión de **que ha dado pruebas** el pensamiento moderno respecto del hecho cristiano.

El cristianismo ha estado, está y estará siempre **centrado en la fe** y la esperanza en una vida metaterrena, que se **prepara y comienza** en esta vida pasible y mortal.

El cristianismo implica una referencia de **todas las realidades terrenas** a «lo único necesario». Esto le es esencial y **no le ha faltado** en ninguna fase de su desarrollo histórico.

terio cristiano se ha desarrollado, durante largo tiempo, de una manera demasiado unilateral, a costa de omitir otro aspecto del mismo, igualmente fundamental.

Con otras palabras: ha faltado la visión de una vocación terrestre del hombre cristiano, desplegada a lo largo de una historia profana, y conducida hacia su término por una dialéctica de la acción temporal.

«Los Apóstoles, San Pablo principalmente, (tuvieron) una visión muy positiva acerca de la situación y el destino del mundo en cuanto cosmos: debe ser sometido por entero a Dios, pero, a pesar del «todo es vuestro, mas vosotros de Cristo y Cristo de Dios» (1 Cor., 3, 23), no se dice expresamente que esta tarea de sometimiento incumba a los fieles, ni se ve que sea objeto de un proceso histórico: se presenta más bien como dependiente del poder de Cristo que se manifestará al fin de la Historia» (2).

La era de los mártires, a causa del contexto histórico y sociológico en que se desenvuelve, no añade ningún elemento nuevo a la conciencia de las primeras comunidades sobre la condición cristiana en la tierra.

Se vive aguardando confiadamente la venida del Señor. La tendencia espontánea en los fieles es a cultivar una vida cuasimonástica en medio del mundo. Los fieles no sentían la comezón de una tarea terrestre en sentido propio. El problema que surge ante su espíritu, respecto de las actividades profanas, lo formula Tertuliano en estos términos: ¿Es lícito a un cristiano tomar parte en ellas?

«No es de maravillar que, incluso antes de terminar la era de las persecuciones, hubiera cristianos que buscaran en la huida del mundo el camino más idóneo de alcanzar la realización de su ideal moral. El monaquismo fue así, desde el principio, ne lo escarpado de su ideal, una especie de sucedáneo del martirio y un remedio a cierto desabrimiento que el contacto con el mundo greco-romano y luego la situación creada a la Iglesia en el imperio constantiniano, había introducido en el sentimiento de la oposición al mundo y de la referencia escatológica de la vida cristiana» (3).

A pesar de su atención exclusiva a las realidades espirituales, el cristianismo sentaba las bases de una nueva ciudad terrestre, ya que incluía una imagen original del hombre.

Es innegable que, desde el punto de vista de las repercusiones temporales, el imperio cristiano y luego la conversión de los pueblos bárbaros brindaron al cristianismo la posibilidad de una experiencia nueva, incomprensible en el contexto socio-político de la Iglesia de los Apóstoles y de los mártires.

Estas generaciones cristianas primitivas no pudieron llegar a sospechar que llegara a verificarse en la Historia una simbiosis orgánica entre la Iglesia y la ciudad terrestre, concretada en lo que llamamos cristiandad o estado cristiano.

(2) CONGAR, *Jalones para una teología del laicado*, p. 492.

(3) Idem, p. 494.

La nueva situación abrió indiscutiblemente grandes perspectivas a las actividades de los ciudadanos cristianos en el quehacer temporal.

Lo hermoso y lo correcto, doctrinalmente hablando, hubiese sido que las realidades terrenas, escenario y objeto de la actividad del hombre cristiano medieval, hubiesen conservado una sana autonomía. Sin embargo, la cristiandad sacra medieval era una sociedad directa y estrictamente regida por la finalidad de la Iglesia, o sea, la salvación y la referencia a la otra vida.

No en vano se ha podido afirmar que «hasta el Renacimiento la historia intelectual de Europa —y otro tanto más o menos se podría decir de su historia social y política— no es más que un capítulo de la historia de la Iglesia» (4).

La Edad Media dependía demasiado de la consideración del mundo celeste para poder valorar adecuadamente el compromiso temporal en la vida presente. Hay que reconocer que la Iglesia, antes de la Era Moderna, no desarrolló un ideal de vida cristiana para hombres comprometidos en la obra profana del mundo, y que deben perfeccionarse en y por este mismo compromiso.

«Todo sucede (en la Edad Media) como si el cristianismo afectara únicamente al comportamiento individual del ciudadano creyente, pero no incluyera un deber de trabajar en la reforma y creación de las instituciones. No se intenta realizar una civilización con sello cristiano, querida y buscada como civilización original; en lugar de esto, se tiende a un Reino ajeno a este mundo, aunque comenzando en este mundo y utilizando los materiales de este mundo» (5).

Hasta el siglo XII, según se desprende de las últimas investigaciones históricas, no se produce, y entonces tímidamente, un redescubrimiento de la naturaleza y una apreciación más positiva de las realidades terrenas dotadas de una consistencia propia.

Este proceso se acentúa en el siglo XIII. En Santo Tomás, a diferencia de lo que ocurre en la Edad Media anterior, dominada por el agustinismo y la mentalidad antipelagiana, se hallan afirmadas la autonomía y el valor de las realidades creadas en sí mismas, singularmente la del hombre.

Santo Tomás supera el horizonte mental de sus predecesores. La significación exacta de su doctrina es anunciar el ocaso del humanismo medieval de cuño monástico y poner, al restituir a la naturaleza y en particular a la naturaleza del hombre su consistencia y su valor propios, los cimientos de un humanismo cristiano moderno.

Santo Tomás ha vislumbrado, en efecto, la sana laicidad del mundo moderno, cuyo proceso histórico, que desde fines del siglo XIII ha ido devolviendo a las estructuras profanas su autonomía, no es más que su justa y luego lamentablemente injusta aplicación.

(4) PIRENNE, *Histoire de l'Europe des invasions au XVIe siècle*, p. 393.

(5) MOUNIER, *Fe cristiana y civilización*, p. 48.

«Tomás de Aquino considera la cuestión del valor de la vida terrenal desde el punto de vista de la *magnanimitas*... Esta virtud tiene en él un sentido muy amplio, equivalente a la postura fundamental cristiana ante la realidad y caracteriza el espíritu emprendedor del hombre y la realización de la persona humana por medio de su integración en el ámbito del mundo» (6).

Con ello Tomás alumbró las bases de una vocación terrestre dentro de una existencia cristiana y, a la vez, pone el fundamento para una espiritualidad centrada en el compromiso temporal.

Como tantos otros elementos de la síntesis tomista, estas ideas no recibieron en seguida el desarrollo y la aplicación de que eran susceptibles.

Lo cierto es que la Edad Media no sacó las consecuencias prácticas de esa actitud.

La Edad Media cristiana en su etapa final sembró los gérmenes de una sana desacralización de la tierra, e hizo posible la ciencia y la técnica modernas. A partir de ese momento el hombre pierde el respeto a la tierra y adopta una nueva actitud frente a ella que le permitirá a largo plazo dominarla y ponerla a su servicio.

Pero en la Edad Media apenas existe la práctica de una investigación científica del mundo en sentido moderno.

El pensador medieval carece del deseo de obtener un conocimiento de la realidad experimentalmente exacto.

La realidad terrestre no le interesa por sí misma, sino que es ante todo un símbolo.

La tierra es el espejo donde se reflejan las perfecciones del Creador, y la plataforma desde la cual es posible elevarse hasta Él.

El hombre medieval siente un intenso anhelo de verdad. Pero ese deseo de saber no tiene el carácter de investigación propio de la Edad Moderna. No va tras la realidad para comprobarla en forma experimental y dominarla por medio de la teoría científica.

Tiene una conciencia clara de la dimensión simbólica del mundo. El arte gótico con sus agujas de piedra disparadas hacia lo alto, refleja ese anhelo de trascendencia, de elevación sobre lo terrestre que caracterizó al hombre medieval.

Es cierto que hay también una corriente científica medieval inspirada en el cristianismo, que empuja al hombre al dominio de la tierra. San Alberto Magno, la escuela de Oxford y los alquimistas caminan en esa dirección. De ellos procede el renacimiento científico moderno. Pero es una actitud minoritaria. Es curioso que S. Alberto Magno tuviese fama de mago por sus estudios científicos.

La ausencia de una vocación terrestre en la conciencia del hombre medieval trae consigo la falta de una filosofía de la acción temporal en las síntesis doctrinales de la época.

(6) AUER, *El cristiano ante el mundo*, p. 57.

La actividad humana, incluso cuando se ejerce en la línea de los cometidos más profanos, se considera únicamente como vehículo de mérito o de demérito sobrenatural, se aprecia su aptitud santificadora respecto de la persona y su idoneidad en orden a la edificación del Reino de Dios.

Esta sensibilidad, endurecida a partir del siglo XV, en la polémica con el humanismo moderno, primeramente laico y después ateo, se prolonga hasta el siglo XX.

(III) La recuperación de la dimensión terrestre del misterio cristiano.

¿Se puede ser, a la vez, plenamente, miembro del Pueblo de Dios e hijo de la tierra? ¿Se puede pertenecer enteramente a Dios y, a la vez, estar totalmente interesado y decididamente comprometido en la marcha de los asuntos terrestres?

La teología católica en el siglo XX, ha logrado una comprensión más profunda del misterio de la Iglesia, que despeja satisfactoriamente esas incógnitas. Los frutos maduros de esa reflexión están recogidos en los documentos elaborados por el Concilio Vaticano II.

De ellos se desprende que la vocación y la tarea del cristiano no se limita a la transmisión de la vida divina a los hombres. El cristiano, como una exigencia de su Fe, una modalidad de su Esperanza y una manifestación de su Caridad, ha de comprometerse en las tareas propias de la ciudad terrestre.

Así se expresaban ya los Padres conciliares al iniciarse la magna asamblea, en su mensaje dirigido a todos los hombres:

«La unión con Cristo está tan lejos de apartarnos de las obligaciones y trabajos temporales que, por el contrario, la fe, la esperanza y la caridad de Cristo nos impulsan a servir a nuestros hermanos... La Iglesia es absolutamente necesaria al mundo de hoy, para denunciar las injusticias y las indignas desigualdades, para restaurar el verdadero orden de las cosas y de los bienes, de tal forma que según los principios del Evangelio la vida del hombre llegue a ser más humana... Invitamos a todos a que colaboren con nosotros para instaurar en el mundo una sociedad humana más recta y más fraterna» (*Ecclesia*, 27-10-62).

Posteriormente, la doctrina conciliar ha sistematizado y fundamentado esta afirmación, devolviéndonos con ello un aspecto esencial del misterio cristiano que, durante bastante tiempo, había quedado en la penumbra.

Apuntaremos, esquemáticamente, los pasos más importantes de la reflexión conciliar.

* * *

La obra del Cristo Total es la obra de la Nueva Creación, que reasume y perfecciona la obra de la antigua Creación: la restauración de la familia humana y la restauración de la familia de los hijos de Dios (7).

(7) «La obra de la Redención de Cristo, mientras tiende de por sí a salvar a los hombres, se propone la restauración incluso de todo orden temporal. Por tanto la misión de la Iglesia no es sólo anunciar el mensaje de Cristo y su gracia a los hombres, sino también impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico... Dios busca reasumir, en Cristo, todo el mundo en la nueva creación, germinalmente en la tierra, plenamente en el último día» (Decreto «*Apostolicam actuositatem*», cap. 2, 5).

El hombre fue creado por Dios con la dignidad de persona y la dignidad de hijo suyo. Dios concibió el plan de formar la familia humana, compuesta de hombres libres, fraternalmente unidos, que se perfeccionaran a sí mismos, dominando la naturaleza, las leyes de la sociedad y de la vida. «Creced, multiplicaos, poblad la tierra y dominadla» (*Gen. 1, 28*). Tal fue y sigue siendo el proyecto sugestivo, encomendado por Dios a la Humanidad. Además, a esos mismos hombres, Dios decidió hacerlos hijos suyos, incorporándolos a una familia sobrenatural, unida por los lazos de una misma Fe, Esperanza y Amor.

El pecado privó al hombre de la dignidad de hijo de Dios y desordenó la naturaleza humana, inclinándola al mal y al error. El hombre quedó desdivinizado y, en alguna manera, deshumanizado. Pero el pecado no se agota en la rebelión personal del hombre contra Dios. Junto al pecado personal existe un pecado ambiental y un pecado estructural. Hay mentalidades colectivas, reacciones de grupo, clase o nación, opuestas al pensamiento de Dios, que impregnan a los miembros de esas colectividades y deforman sus conciencias. Hay, asimismo, estructuras socio-económicas o políticas que, por su misma naturaleza, tienden a oprimir a la persona humana, lesionando con ello el orden moral.

La misión de Cristo

La misión de Cristo es simultáneamente divinizadora y humanizadora. Jesucristo devuelve al hombre la vida divina, pero también le devuelve su dignidad humana.

Cristo ha inaugurado una nueva vida de libertad, santidad y justicia. Esta vida nueva, nueva Creación (*Gal. 6, 15*), es la médula del Reino de Dios. Su instauración constituye el centro de la obra de Cristo.

Dios es el Señor del hombre y del universo. Pero su poder y su dominio respetan la libertad humana.

El Reino de Dios se establecerá a medida que los hombres se incorporen libremente a una vida de Verdad, Santidad y Amor a Dios.

Jesucristo, primogénito de la nueva familia de los hijos de Dios (*Rom. 8, 29*), haciéndose pecado (*2 Cor. 5, 21*), maldición (*Gal. 3, 13*), y siendo obediente hasta la muerte (*Filip. 2, 8*), instauro el Reino de Dios.

Jesús es, además de salvador del hombre, salvador del mundo. La salvación de Cristo se extiende al universo material.

El pecado no sólo hirió al hombre, sino que trastornó la creación material. Las cosas creadas ansían cumplir su fin, que es ayudar al hombre a encontrarse con Dios. Pero el pecado las tenía infecundas y esclavizadas. Por eso la Creación entera sujeta al capricho del hombre, no a gusto, sino por el abuso de la libertad humana, gemía y sentía dolores de parto con la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción, para participar en la gloria de los hijos de Dios (*Rom. 8, 20-22*).

El plan salvador de Dios incluye, llegada la plenitud de los tiempos

(Gal. 4, 4) instaurar todas las cosas en Cristo, las de los cielos y las de la tierra (Ef. 1, 10). En Cristo, primogénito de todas las cosas creadas, fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, todo fue creado por El y para El y quiso el Padre, gracias a Cristo, reconciliar consigo, pacificando por la sangre de su cruz, todas las cosas, así las de la tierra como las del cielo (Col. 1, 15-20).

El Reino de Dios ha de llegar hasta donde llegaron los efectos nocivos del pecado. El Reino de Dios ha de instaurarse en las personas, los ambientes y las estructuras sociales.

La misión de la Iglesia

Esta misión de Cristo, cuyas líneas generales acabamos de describir, es continuada por su Iglesia. «Como el Padre me envió, así os envío Yo a vosotros» (Jn. 20, 21).

Por eso la Iglesia lleva adelante la obra salvadora de Cristo en la doble línea ya señalada: la línea divinizadora y la línea humanizadora.

La Iglesia anuncia a los hombres el plan salvador de Dios y les comunica la vida divina. La Iglesia, con los que libremente aceptan esa Palabra y reciben esa Vida, forma la comunidad de los santos, unidos por la misma Fe, Esperanza y Amor. La comunidad de los bautizados y confirmados alcanza su máxima perfección, cuando celebra familiarmente la Eucaristía, en torno al altar, glorificando a la Santísima Trinidad y recibiendo el alimento sobrenatural que asegura una vida auténticamente cristiana.

La obra de la Iglesia, prolongación de la de Cristo, tiene también una proyección temporal. La Iglesia redime los ambientes y estructuras terrestres impulsando a los hombres a organizarlas en sentido cristiano. El universo material es encauzado de nuevo y puesto al servicio de la persona humana y de los hijos de Dios. Las realidades terrenas se convierten en vehículos de la vida divina en los Sacramentos y sacramentales. La madre tierra sirve a la madre Iglesia.

El Pueblo de Dios se forma en el seno de la Ciudad Terrestre y actúa de fermento de la misma. La conversión personal se refleja en los ambientes y estructuras. Y, a la vez, el esfuerzo por establecer el Reino de Dios en las estructuras elimina los obstáculos del encuentro personal con Dios (8).

La Ciudad Terrestre, en la medida en que está cristianamente animada, es un reflejo y una prefiguración del Pueblo de Dios.

En el Pueblo de Dios «no hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra», porque todos son uno en Cristo Jesús (Gal. 3, 27-29).

En la Ciudad Terrestre, cristianamente animada, desaparecen las discriminaciones de raza, de clase o de sexo, y se llega, a través de una verdadera igualdad de oportunidades, a la creación de una fraternidad de pueblo y personas libres.

(8) «Los seglares han de procurar, en la medida de sus fuerzas, sanear las estructuras y los ambientes del mundo, si en algún caso incitan al pecado, de modo que todo esto se conforme a las normas de la justicia y favorezca, más bien que impedir, la práctica de las virtudes» (Constitución «Lumen gentium», Cap. 4.º, n.º 36).

El cristiano, instruido por la Revelación y auxiliado por la Gracia, puede llegar a ser plenamente hombre y edificar una Ciudad Terrestre digna del hombre.

La ley evangélica custodia y transmite fielmente la ley natural. La Iglesia enseña al hombre su dignidad humana, proclamando las exigencias de la ley natural en la vida individual y social y recuerda a los hombres el deber de organizar el mundo conforme a lo que exige esa dignidad.

Presencia de la Iglesia en lo terrestre y llamamiento a la Fe

La Iglesia es el «sacramento de Cristo», Cristo es el «sacramento de Dios» y Dios es Amor. La Iglesia es un signo visible, alzado entre los pueblos, que invita a todos los hombres a emprender una vida nueva de amor fraterno en Cristo Jesús.

Esa vida nueva se adquiere participando libremente en el acontecimiento salvador por excelencia: la muerte y resurrección del Señor.

Pero, ¿cómo percibir el valor transfigurante de la resurrección de Cristo? El amor de la Iglesia a la Humanidad es el signo visible del amor cristiano y el motivo de credibilidad que llama a la Fe (9).

El significado de un acontecimiento no se comunica a través de la enseñanza, sino a través del testimonio personal.

El testimonio personal es la manifestación de una vida humana, transformada por la aceptación de un acontecimiento, que anuncia a los demás que también pueden cambiar la suya.

El testimonio trata de conducir al hombre a un encuentro personal con Cristo, está encaminado a provocar el acto de fe, es un llamamiento existencial a vivir de la fe.

La aceptación o el abandono de unas creencias no se produce a causa de dificultades o signos aislados, sino cuando el hombre descubre, a través de un testimonio, una concepción de la vida que da la respuesta más coherente a los problemas humanos.

La presencia de la Iglesia en la Ciudad Terrestre, por el testimonio colectivo de los cristianos, es el motivo viviente de credibilidad que invita a la Fe a los miembros de la familia humana.

Todo anuncio de la Palabra descansa sobre un testimonio previo y aclara su significado. Sin testimonio colectivo no hay proclamación cristiana de la Palabra, sino propaganda humana o publicidad.

La entrega generosa y desinteresada de los cristianos a la edificación de una Ciudad Terrestre digna del hombre, a impulsos del amor de Cristo, permite asomarse al misterio de una religión, que consiste esencialmente en servicio y don de sí mismo.

Ciudad Terrestre y Ciudad Celeste

Con la encarnación del Hijo de Dios, lo humano y el universo entero han entrado en la órbita de la Divinidad y han logrado su máxima dignificación.

(9) El discurso admirable de Pablo VI, en la última congregación general del Concilio, exploya estas ideas.

Esa dignificación inicial de lo humano y lo terrestre, que ha tenido lugar en la Encarnación, es totalmente gratuita por parte de Dios.

La Salvación es un acto libre y amoroso de Dios. El hombre no puede, por sí solo, salvarse, ni redimirse, pero su libertad debe cooperar, ha de comprometerse en esa tarea. La Encarnación ha requerido una preparación humana, una plenitud de los tiempos.

La dignificación de lo humano y lo terrestre está en marcha y alcanzará su cima, al fin de los tiempos, por virtud de un acto divino: la creación de los nuevos cielos y la nueva tierra y la transfiguración del cuerpo humano.

También aquí, aunque la iniciativa parta de Dios, hemos de preparar con nuestro trabajo libre, la consumación final de la Creación y la Redención, mediante la «consecratio mundi» (10). Hemos de vivir «aguardando y apresurando el advenimiento del día de Dios» (2 *Petr.* 3, 12).

Es preciso quitar al fin del mundo el sentido catastrófico que conserva en cierta sensibilidad cristiana desviada. La «parusía» constituirá la suprema glorificación de lo humano y lo terrestre, merced a una definitiva acción salvífica divina.

No hay por qué concebir la Ciudad Celeste, como algo desconectado de la Ciudad Terrestre. La Ciudad Celeste puede concebirse como una Ciudad Terrestre sublimada y definitivamente purificada, en la que reinará un Dios poseído en plenitud.